

COLECCIÓN
EDIFICIOS EMBLEMÁTICOS
DE SALTILLO



ESA DIVINA LOCURA

El incendio del Teatro García Carrillo

ARTURO E. VILLARREAL REYES

ESA DIVINA LOCURA

El incendio del Teatro García Carrillo

ARTURO E. VILLARREAL REYES

ING. MANOLO JIMÉNEZ SALINAS
PRESIDENTE MUNICIPAL DE SALTILLO

MTRO. IVÁN ARIEL MÁRQUEZ MORALES
DIRECTOR GENERAL DEL INSTITUTO MUNICIPAL
DE CULTURA DE SALTILLO

SALTILLO, 2021

© D.R. Gobierno Municipal de Saltillo

© D.R. Instituto Municipal de Cultura de Saltillo

© Arturo E. Villarreal Reyes

COORDINADOR DE LA EDICIÓN: Iván Ariel Márquez Morales

COMPILADOR: Humberto Vázquez Galindo

DISEÑO EDITORIAL: Librostudio/Nereida Moreno

FOTO PORTADA: Norka Rouskaya caracterizada para su célebre
danza *Salomé*.

ISBN: 978-607-8419-56-2

HECHO EN MÉXICO
MADE IN MEXICO

Todas las ciudades del mundo contienen espacios de singular relevancia para quienes viven en ellas o las visitan.

En algunos casos pueden ser entornos naturales que devienen parques aptos para el recreo y el descanso, plazas donde se convive y se recuerda —a través de algún busto escultórico— a los héroes históricos o a las figuras públicas que lograron metas en beneficio de la sociedad, o construcciones cuya presencia y cualidades a lo largo del tiempo las han convertido en puntos referenciales y en emblemas de su comunidad.

Bajo esta perspectiva, y centrándonos principalmente en el rubro de los inmuebles con trascendencia urbana, en el Gobierno de Saltillo hemos tenido a bien realizar una serie de libros monográficos que permiten conocer más de cerca las historias que encierran varios de los edificios de mayor presencia en la capital de Coahuila.

Dentro del nutrido programa editorial del Instituto Municipal de Cultura, presentamos con orgullo la presente colección titulada *Edificios emblemáticos de Saltillo*, la cual se conforma de trece títulos que han sido escritos por destacados autores de nuestra ciudad, quienes, con base en sus diferentes campos de especialización, ofrecen un abanico amplio de acercamientos a estos emblemas saltillenses que se han levantado en nuestra tierra a lo largo de los siglos.

Espero que estas publicaciones abonen en el interés y en la valoración del patrimonio tangible y construido con el cual cuenta Saltillo, confirmando su perfil como una ciudad de sólidas raíces y de promisorio futuro.

Ing. Manolo Jiménez Salinas
Presidente Municipal de Saltillo

Para un servidor resulta motivo de gusto y orgullo presentar los títulos de la colección *Edificios emblemáticos de Saltillo*, tanto por su espíritu de homenaje al patrimonio inmueble de nuestra localidad, como por el hecho de sumarse a la ya amplia Colección Editorial del IMCS que hemos llevado a cabo durante el periodo 2018-2021, y a la cual engalanan los libros presentes.

Catedral de Saltillo, San Juan Nepomuceno, Archivo Municipal de Saltillo, Centro Cultural Vito Alessio Robles, Mercado Juárez, Casa Purcell, Teatro García Carrillo, Ateneo Fuente, Museo Rubén Herrera, Escuela Benemérita Normal de Coahuila, Recinto de Juárez, Iglesia San Francisco de Asís y Alameda Zaragoza son los recintos y espacios tratados en los libros que conforman la presente colección, la cual no habría sido posible realizar sin la entusiasta y valiosa participación de las reconocidas autoras y los destacados autores de los textos y de las fotografías que dan forma a cada una de las publicaciones. A ellas y ellos les agradezco su disposición y talento para dar vida a esta serie editorial, porque con sus conocimientos, investigaciones y capacidades de observación analítica, en cierta forma han vuelto a construir y han traducido, a través del lenguaje escrito, cada uno de los edificios y espacios tratados, revelando lo que en ellos hay de interés y de trascendencia patrimonial.

Agradezco al ingeniero Manolo Jiménez Salinas su permanente apoyo y confianza para ratificar el valor y alta estima que le damos en Saltillo a las artes y a la cultura en todas sus ramas y manifestaciones, y al público destinatario de estos libros, le agradezco las lecturas que haga de ellos a lo largo de los años, con la confianza de que habrá de atesorar estas entrañables ediciones.

Mtro. Iván Ariel Márquez Morales
Director del Instituto Municipal de Cultura de Saltillo







CIA CARRILLO
MOS PROPIETARIO



Retrato del Arq. Henri E. M. Guindon. Colección del Archivo Municipal de Saltillo.

Ante la catástrofe no quedaba sino especular. Esa noche del 3 de septiembre de 1918 se percibía en el aire un cierto aroma a humo, mientras gran cantidad de rumores tensaban el ambiente de Saltillo, pues no era la primera ocasión que un teatro fuera consumido por el fuego.

Tras el incendio del Teatro Acuña en 1902, hicieron falta nuevos símbolos urbanos de progreso y de cultura. Y el 6 de marzo de 1906 el gobernador del estado, Miguel Cárdenas, estampó su firma en un contrato con el empresario Antonio Dávila Ramos para edificar y explotar un nuevo teatro, más grande, seguro y elegante que el Acuña. Pero esta vez no sería de madera.¹

Para diseñar la pretenciosa obra, el empresario recurrió a Henri E. M. Guindon, arquitecto de origen franco-canadiense y radicado en San Luis Potosí, ciudad donde había

¹ AMS, P, c 56, L 25, e 11, f 39 v. (1906). Contrato. Miguel Cárdenas, gobernador constitucional, otorga una concesión para construir un teatro en el lugar denominado Plaza de Hidalgo, a Antonio Dávila Ramos.

erigido algunos de sus más representativos edificios. El Teatro García Carrillo fue inaugurado el miércoles 27 de julio de 1910, a las 6:00 de la tarde, con una ceremonia que incluyó discursos, una visita guiada y puros gratis. Al día siguiente se llevó a cabo la inauguración artística, poniéndose en escena la obra *La tempestad*, zarzuela en tres actos. Hubo un lleno completo.²

Tenía el teatro capacidad para 1,500 personas. Los palcos estaban iluminados cada uno con 200 focos opalinos que se sumaban a la decoración de colores rosa y marfil viejo de la sala, donde brillaban más de 1,000 luces. El auditorio parecía haber sido acariciado por las hadas y estaba cubierto por una enorme cúpula decorada por una pintura alegórica del triunfo del arte, fruto de la creatividad del ingeniero Isaac Morett y sus hermanos Jacob, Benjamín y Abraham. En la opinión de los periodistas de la época, la cúpula era la de mayores dimensiones en el norte de México.

Hacia gala el edificio de la más moderna tecnología: puertas automáticas, cableado oculto y, en el foro, tras una elegante cortina, se había instalado un telón del novedoso material incombustible llamado “asbesto”, el cual podía aislar la sala del escenario en caso de un incendio. El escenario contaba con 1,400 luces de varios colores en sus costados, pudiendo producir los teatrales efectos de la luna llena, el amanecer, relámpagos y hasta las siniestras sensaciones lumínicas de un incendio. El material había sido suministrado por la casa Siemens Echuckertwert de México, representante de la Sociedad Anónima de Electricidad de Alemania.

Conforme avanzaba la década, también cambiaban los gustos, ya no predominaban el teatro, la ópera o la zarzuela, eventos propios del agrado porfirista, y con mayor

² *Álbum Coahuila Gráfico*, 1912. *La Voz de Coahuila*, 1910.

frecuencia se presentaban *burlesques* y comedias populares. El pueblo se olvidaba de esos años revolucionarios en el teatro, donde se vivía una intensa e inusitada vida cultural. Esa época de consolidación de la burguesía con una cultura europeizada, se distinguía por el relajamiento de los valores tradicionales de la moral victoriana. Así se erguía el Teatro García Carrillo como el símbolo que representaba la nueva cultura de la Atenas de México y su consabido modernismo. Entonces llegó el cinematógrafo y en la galería del teatro se instaló un cuarto de proyección. Y, por supuesto, no faltaron los eventos y reuniones políticas, generosas en discursos. Sin embargo, el edificio se encontraba en plena decadencia, sus propietarios se habían refugiado en San Antonio, Texas, y la Revolución, como la falta de mantenimiento, hacía estragos.

La tarde del martes 3 de septiembre de 1918 los ánimos estaban caldeados. En la cartelera del Teatro García Carrillo se anunciaba para esa noche la obra *El loco Dios* y para el día siguiente el espectáculo de la sensual bailarina Norka Rouskaya, quien en una función de beneficio ofrecería su ovacionada danza *Salomé*. Pero en el ambiente del Saltillo moralista y reservado, se respiraba un aire de tragedia.

En el interior del teatro, los trabajadores se ocupaban de sus diversas tareas; unos ajustaban escenografías tras bambalinas, otros subían las escalerillas metálicas para deslizarse a los pasos de gato y preparar las luces del escenario, mientras unos más se disponían a asear la sala, el salón fumador, los servicios sanitarios, en tanto un grupillo de tramoyistas se dedicaba a perseguir, escoba en mano, a una lechuza que había entrado por una ventana.³

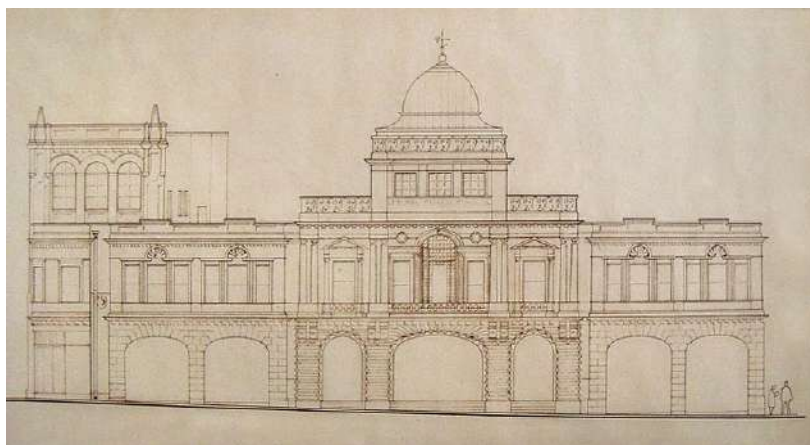
³ Ésta es una versión novelada de una historia que me fue narrada vía telefónica por el señor Jorge Figueroa (23 de julio del 2010), y que a él le contó su abuelo, quien fue tramoyista en el Teatro García Carrillo la

Afuera, algunos vecinos estaban descontentos por la presentación de la “herética” obra. No faltaba quien pasara insultando a los trabajadores del recinto que descar-gaban cajas por el Callejón del Teatro, gritando improperios, arrojando objetos, o agrediendo a quienes atendían la taqui-lla, por la calle Aldama.

Llegaba la tarde y se formaban grupillos en la Pla-za del Mercado, cuchicheando; enjutas mujeres de faldas os-curas hasta el tobillo y chales negros cubriéndoles la cabeza, se tapaban con ellos la boca mientras murmuraban. Seño-ras y ancianas de piel ajada que, al cabo de un rato, se mar-chaban en un andar apresurado. Y los chiquillos de grandes sombreros, inquietos, observaban, al tiempo que uno que otro perro aletargado buscaba refugio bajo una sombra, hu-yendo de ese sol que casi caía a plomo en esta ciudad gris, irredenta. No lejos de ahí, un adormilado vendedor de golo-sinas espantaba moscas de su desvencijada canasta, bajo la sombra del monumento a Manuel Acuña. Junto a la puerta principal del teatro, una joven, con su criatura en brazos, ati-zaba las brasas de un anafre para ofrecer su modesta comi-da a quienes ya hacían fila para comprar su boleto.

“Creo en un solo Dios, todopoderoso, creador del cielo y de la tierra” —repetían al recorrer los pasillos en penumbras— “de todo lo visible y lo invisible”. “Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos” —salmodiaban mientras perse-guían a la lechuza—. “Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verda-dero de Dios verdadero, engendrado, no creado” —al tiempo que uno de ellos, el de atrás, hacía un nudo en su paliacate,

noche del incendio. Debo a Alberto de las Fuentes Fuentes los detalles del conjuro del “amarre”, que le fue narrado por los habitantes del ejido Venustiano Carranza, municipio de Viesca, Coahuila.



Fachada frontal del Teatro García Carrillo, dibujo que forma parte de la tesis de Arturo Villarreal (1988). Mapoteca del Archivo Municipal de Saltillo.



apretándolo con fuerza, con las dos manos—, “de la misma naturaleza del Padre...”.

Y el ave de mal agüero chocaba lastimosamente con las paredes y candiles, para quedar acorralada en un rincón oscuro y luego salir huyendo, aterrorizada. Los aleteos, horribles, ráfagas de aire inmundo, seco, al pasar volando por sobre las cabezas, el desesperante ruido de sus alas y el brillo de esos ojos asustados, enrojecidos, casi anaranjados, por los que se producía un gran nudo en la garganta.

Largas sombras crecían en los pasillos del teatro conforme caía la tarde, una tarde gris, insípida, lúgubre. “...por quien todo fue hecho; que, por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo...” —balbuceaban los tramoyistas en coro. Tenían la sospecha que se trataba de una bruja, esa funesta ave parda que, noche a noche, aparecía en una ventana, la misma ventana todas las veces; la misma ave que parecía reírse de ellos, sin perderlos de vista ni por un instante.

¿Sospecha? No, era una seguridad. Se trataba de una hechicera. Tanto así que los tramoyistas y teloneros se habían organizado en una especie de cofradía, una hermandad, por así decirlo.

No sé de quién fue la idea de memorizar la oración, a manera de conjuro para detener a las brujas, los amarres, los siete amarres, para recitar la plegaria una y otra vez, mientras se hacía un nudo en el paliacate o cordel por cada oración dicha, al tiempo que, con sangre fría, se perseguía a la lechuza sospechosa. Y ésta, sin duda, era una bruja. Las oraciones, los amarres, la hicieron caer, descubriendo su verdadero rostro.

“No me maten, por favor, no me maten” —gritaba la vieja—. “No me maten” —chillaba histérica en el suelo—. “No me maten, que tengo hijos, por favor” —repetía ante el nervio-

so grupo de tramoyistas—. Y al decirlo, se marcaban las arrugas en torno a la casi desdentada boca, mientras en el fondo de sus ojos sombríos y ojerosos brillaba un extraño fulgor, una chispa, como las brasas encendidas en una noche oscura. Afuera caía la tarde; densas nubes pardas acechaban desde el Norte y el viento helado traía un notorio tufillo de tragedia.

Aquí, estimado lector, debemos hacer una pausa para hablar, aunque con brevedad, sobre la obra *El loco Dios* y la bailarina Norka Rouskaya.

En Saltillo, todo mundo habla de *El loco Dios*, pero les aseguro que casi nadie la ha leído. La obra había sido estrenada en Madrid en el Teatro Español, el 8 de noviembre de 1900. Su autor, el español José Echegaray y Eizaguirre, se reputaba como el dramaturgo más popular de su época y un prolífico escritor, contando con al menos 68 guiones teatrales, algunos de corte romántico o melodramático. Para los expertos de nuestra época, sus obras pudieran calificarse de aburridas o malas, de un romanticismo nostálgico, pero por su contribución al teatro, en 1904 José Echegaray fue galardonado, junto con Frédéric Mistral, con el Premio Nobel de Literatura, el máximo galardón en su género, trayéndole un mayor prestigio y reconocimiento internacional. En 1918 el libro había sido traducido al inglés como *The Madman Divine* y resultaba obvia para los expertos la notable influencia del teatro simbólico de Henrik Ibsen en esta obra.

Cuando *El loco Dios* se presentó en el Teatro Arbeu de la Ciudad de México, el jueves 21 de abril de 1921, fue puesta en escena por la Compañía de María Guerrero. Los intérpretes fueron, además del primer actor Fernando Díaz de Mendoza, la señora Milanés y los señores Justo, Capilla, Cirera y Carsí. Sin embargo, cabe destacar que en noviembre de 1904 la ac-



triz mexicana Virginia Fábregas había debutado en Madrid precisamente con la obra *El loco Dios*. Al siguiente año, el 22 de julio, la presentaba en el Teatro Arbeu de la capital del país. Para finales de esa década, la obra la escenificó la compañía de Tomás Borrás en el Teatro La Paz de la capital potosina.⁴

El loco Dios, obra en cuatro actos, gira en torno a la relación amorosa entre Fuensanta y Gabriel de Medina. Ella es una mujer generosa y sensible, ahora viuda y con una cuantiosa fortuna, rodeada de parientes que pretenden cuidarla y protegerla. Su parentela desconfía de Gabriel, seguros de que está interesado sólo en su fortuna y prácticamente la aíslan de su prometido. Ya desde el primer acto observamos en él actitudes de un santo inspirado por el espíritu divino, y escuchamos sus digresiones relativas a la venganza

⁴ Leal, 2009; Martínez, 2017; Moncada, 2017.

y la necesidad del castigo divino para destruir la maldad. Gabriel se torna cada vez más excéntrico y, paulatinamente, se va manifestando en él la pérdida de la cordura.⁵

Por su parte, la Rouskaya había nacido en Ticino, el cantón italiano de Suiza, con el nombre de Delia Franciscus, y había adoptado el nombre artístico de Norka Rouskaya, que significa “Piel de Rusia”. Al llegar a Saltillo contaba con 19 años.

Había llegado a la Ciudad de México en marzo de 1918, tras larga gira por Sudamérica. Su fama le precedía, en particular el escándalo protagonizado en Lima, Perú, por su sugerente danza entre las lápidas del Cementerio General de Lima (ahora Cementerio Presbítero Matías Maestro).

Alta, de tez clara y cabellera oscura, ataviada de leves sedas, voluptuosas y ondulantes, colmada de joyas, abrazando la cabeza decapitada de Juan el Bautista: así presentaba el Teatro Arbeu (hoy Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada) la función de *Salomé*.

Como era de esperarse, las funciones protagonizadas por Norka recibieron estridentes ovaciones por parte del público mexicano. Luis G. Peredo, el guionista y director fílmico, debió haberla visto aquellas temporadas para llamarla a participar en *Santa*, la película muda basada en la célebre novela de Federico Gamboa, la cual fue estrenada el 11 de julio de 1918 en el Cine Olimpia de la capital. En ella, Norka compartía créditos con Elena Sánchez Valenzuela, Alfredo Bussón y Ricardo Beltri, primeros actores de la época. Con la fama que le dieron las páginas principales de los diarios, Norka decidió hacer una gira por las ciudades más importantes de la república. Entonces, alguien sugirió ir al Norte, a Saltillo.

⁵ Echegaray, 1907.





Era un martes 3 de septiembre de 1918, a las 7:20 de la tarde, cuando el foro del Teatro García Carrillo, con piso de madera, quedó envuelto por las llamas. Para ese día se anunciaba una cartelera digna de los grandes públicos: *El loco Dios*, del notable escritor José Echegaray, y para el siguiente día la actuación de la sensual Norka Rouskaya.⁶

Se dijo que el percance empezó por una falla en el transformador y, de pronto, el foro, con piso de madera, se incendió. Alguien debió pedir ayuda, pues de inmediato la policía hizo acto de presencia, y junto con los empleados del teatro hicieron esfuerzos para controlar el siniestro. El señor Miñares, presidente municipal, fue informado oportunamente.

En las oficinas del edificio anexo al teatro se encontraba don Fernando C. Gámez, quien había sido re-

⁶ "Un terrible incendio...", 1918.

gidor del Ayuntamiento en 1911 y se desempeñaba como presidente de la Cámara de Comercio. El señor Gámez bajó despreocupado las escaleras de cantera del edificio Dávila Ramos que desembocaban, como aún lo hacen, en la Calle del Teatro (llamada hoy Abbott). Ahí encontró al teniente Manuel Facundo, quien lo puso al tanto de lo sucedido.

Resueltos, ambos ingresaron al teatro usando la puerta posterior. Entonces escucharon gritos de auxilio. Se trataba de un adolescente que había quedado atrapado en los sótanos, quién sabe por qué motivos. Había sufrido quemaduras en varias partes del cuerpo y se estaba asfixiando por el denso humo que lo envolvía cuando lo rescataron.

Pero el sótano, junto al foso de la orquesta, tenía una sólida cubierta de viguetas metálicas y bovedillas de ladrillo que sostenían el piso de madera del foro. ¿Qué hacía el muchacho ahí, escondido, y por qué esas quemaduras? ¡Con la euforia del momento, nadie cuestionó ni sospechó!

En menos de lo que canta un gallo, el fuego consumió el mobiliario del escenario y atacó los telones. La escena era horrenda: las flamas se extendían a los palcos y galerías, devorando los asientos, cortinas y decoraciones. El humo, a veces blanco, a veces negro, se levantaba y lo envolvía todo, con aquellas lenguas ígneas retorciéndose junto a los muros, mientras todo crujía, tronaba, chillaba.

Afuera, en la entrada del teatro, se creó un tumulto. La joven vendedora de comida, por atender su anafre, había acostado a su criatura junto a la fachada de cantera, pero la multitud pronto se interpuso entre ellos. Fue un extraño quien se ofreció a ir al rescate de la criatura.⁷

⁷ La historia me fue narrada por Salvador Fuentes Rodríguez, el 18 de mayo de 2018.

De repente saltaron vidrios y las llamas salieron por las ventanas, lanzando chispas e iluminando el crepúsculo que se tendía detrás del Cerro del Pueblo. El fuego amenazó en poco tiempo al edificio Dávila Ramos, donde se encontraban, además de las oficinas de la Cámara de Comercio, prestigiosas casas mercantiles.

Para entonces tal era el número de curiosos que contemplaban el sombrío espectáculo, que se originó un tremendo caos. Algunas personas portaban un boleto en la mano. Aquello era una confusión, una anarquía, un desorden. Al ver el edificio contiguo al teatro amenazado por las llamas, la gente comenzó a entrar a las tiendas para rescatar toda la mercancía que fuera posible, pero lo hacían en un gran bullicio y alboroto. Tal caos hacía más difícil, si no imposible, el esfuerzo de los policías para acarrear agua y controlar el incendio.

En esos momentos, Norka Rouskaya se encontraba en el Palacio de Gobierno, a donde había acudido para invitar al gobernador al espectáculo que ofrecería al día siguiente, una función de beneficio.

El licenciado Gustavo Espinoza Mireles era el gobernador de Coahuila más joven de la historia. No faltó quien especulara que había sido él quien mandó llamar a Norka, otros dirían que financió gustoso el evento o imaginaron un secreto romance, aunque nadie hasta ahora sostenga algo con seguridad cierto.

Entonces un funcionario interrumpió de manera intempestiva en el despacho y la noticia del incendio los regresó del embeleso en el que se encontraban. Quedaron atónitos. El gobernador se levantó de su asiento, giró algunas instrucciones, se despidió de la hermosa, hermosísima dama, y salió precipitadamente de su despacho. De inmedia-

to se dirigió en su automóvil al sitio de la tragedia... a escasa cuadra y media de distancia. A su llegada notó los inútiles y desesperados esfuerzos para controlar el desastre: aquello era un maremágnum, mientras las llamas avanzaban fatalmente. Ante el desorden, el gobernador trató de coordinar los esfuerzos de auxilio y prohibió que se sacaran mercancías de los comercios.

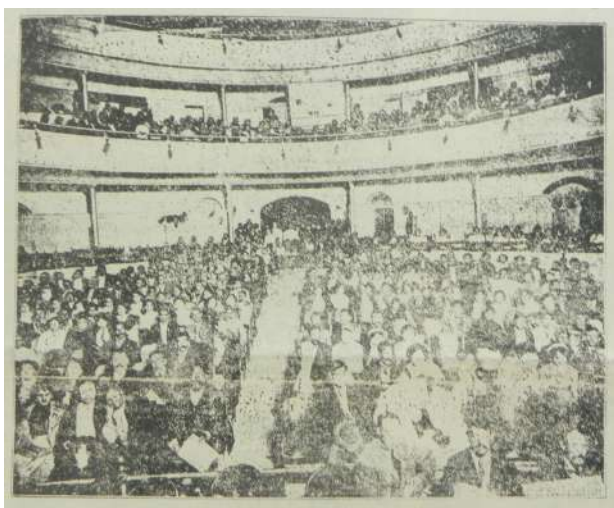
Con aquella elegancia vampiresca que la distinguía, Norka también se dirigió al Teatro García Carrillo acompañada de dos reporteros del diario *El Liberal*, abriéndose paso entre la alborotada muchedumbre. Al llegar, no tardó en localizar a los empleados del teatro, quienes, con voz entrecortada, le informaron que sólo habían logrado rescatar la mitad de su vestuario y algo de la decoración del espectáculo. El resto había sido instalado tras el escenario y ahora estaba irremediablemente perdido.

Ella permaneció estupefacta, sin poder articular palabra alguna; ahora sería casi imposible presentar en otras ciudades del país sus mejores danzas. Sólo logró apoyarse en uno de los periodistas. No podía creer el desolador panorama que tenía ante sus ojos: lenguas de fuego, humo a veces negro y a veces blanco, y aquel siniestro resplandor que incendiaba la temprana noche...

Entretanto, don Gustavo, haciendo gala de su aplomo, dispuso que los propietarios de los comercios organizaran equipos y que todos, de manera ordenada, se dedicaran a subir el agua a la parte noreste del teatro, desde el edificio Dávila Ramos —donde se había instalado la Zapatería La Valenciana—, en un intento de aislar el fuego y salvar el interior del inmueble. A fin de cuentas, la sala era lo más valioso del edificio, del templo de las artes.



Representación de una zarzuela en el escenario de Teatro García Carrillo. Foto-teca del Archivo Municipal de Saltillo.



Única imagen conservada del interior del Teatro García Carrillo visto desde el escenario. Hemeroteca del Archivo Municipal de Saltillo.

El fuego se extendió a gritos por todo el teatro. Entre la población de Saltillo se había corrido la voz y un gran número de voluntarios ayudaban a apagar las llamas. Ahí estaban los coroneles Manuel Izaguirre y Porfirio Cadena, el teniente coronel Galicia, inspector de policía, acompañado de varios oficiales; don Antonio Palacios Roji, el licenciado Lorenzo Dávila y muchos empleados de gobierno, quienes, atareados, iban y venían, aunque algunos sólo correteaban como gallinas sin cabeza. También acudió Francisco Luna, mecánico de oficio, quien al romper torpemente una ventana de un puñetazo, salió con la mano derecha herida, sangrando. Otros más también resultaron lesionados. Sin embargo, con la colaboración de todos, se evitó que las llamas alcanzaran las casas comerciales colindantes, donde había capital invertido por más de medio millón de pesos.

Los periodistas localizaron al empresario del teatro, el señor Salvador Campa Siliceo, quien rondaba por ahí, consternado, acompañando a los integrantes de la compañía cómico-dramática de Juan B. Padilla. Tenían la esperanza de hacer una estupenda temporada y ahora, desconcertados, lamentaban la pérdida total de su vestuario y equipaje. Años de trabajo se habían vuelto —literalmente— humo. No sabían si reír o llorar.

De pronto, un chillido casi lastimero, un crujido metálico, agudo y penetrante, sorprendió a todos. Y se produjo el derrumbe de la cúpula. El golpe seco y estrepitoso hizo que se cimbrara el suelo. Cuando los presentes volvieron la mirada, se dieron cuenta del desastre: se había venido abajo el espectacular domo que cubría la sala del teatro, orgullo de nuestra progresista ciudad. El escandaloso derrumbe hizo que se desplomara el muro poniente del edificio, matando a dos volunta-

rios que pasaban en esos momentos por la calle Padre Flores. Al caer, la enorme mole de ladrillos calientes y retorcidas vigas metálicas se llevó consigo la fachada de una fonda que se encontraba junto al Hotel Hidalgo. Tal era la cantidad de escombros, que no fue posible rescatar los cadáveres en varios días.

Para las 9:00 de la noche todo había terminado. El licenciado Espinoza Mireles se retiró, angustiado, a su residencia, mientras los policías y voluntarios trabajaban para someter las últimas flamas del siniestro. Se habían salvado la fachada y los locales frontales, la taquilla y el salón fumador en la segunda planta del teatro, frente a la calle de Aldama. El resto era un montón de humeantes desechos, y en el fondo, abajo del montón de ladrillos, aún se advertían los resplandores de algunas brasas encendidas. Fue entonces que, con tan sólo ocho años de vida, nació la leyenda del Teatro García Carrillo.

Norka Rouskaya encaminó lentamente sus pasos al hotel, desconsolada. El destino le jugaba una macabra broma. Al igual que el tétrico espectáculo en el cementerio de Lima, su danza se veía rodeada por la desventura, como tocada por la siniestra mano de un loco Dios.

Esa noche, en el Hotel Coahuila, todos comentaban el suceso teñido de drama y de tragedia. Los periodistas de *El Liberal*, libreta en mano, tomaban nota de cada comentario al respecto. Las pérdidas se calculaban en más de \$50,000 pesos.

Aunque se repetía insistentemente que había sido causado por un corto circuito, algunos sospechaban de los sinarquistas y, algún otro, de fanáticos religiosos que defendían la moral y las buenas costumbres y repudiaban todo aquello que tuviera que ver con la sensualidad y el erotismo. Y no faltaba quien culpaba a no sé qué frailes incendiarios. Otros, los menos, sugerían una posible rivalidad con el Tea-



tro Obrero, el de la gente del pueblo, a escasas cuerdas de distancia uno del otro.

En las calles, las mujeres formaban grupillos, cuchicheaban: atribuían el desastre a un castigo de Dios por la irreverente obra de teatro anunciada en cartelera. No faltó quién recordara que en condiciones similares, con el anuncio de la misma pieza teatral, habían sucumbido teatros en Monterrey, Guadalajara, Tampico, San Luis Potosí, Querétaro y hasta de la misma Ciudad de México. ¿Cómo podría Saltillo ser la excepción?

En su informe del 26 de julio de 1910, el ingeniero Abbott afirmó no poder opinar sobre la mano de obra ni tener conocimiento exacto de los materiales empleados, puesto que ya estaban cubiertos y era imposible examinarlos y dar cuenta detallada de ello. Pero, por lo que podía verse del edificio ya levantado, le parecía sólido, bien construido y capaz de merecer la confianza del público.

Por su parte, la instalación eléctrica consistía de miles de luces y de alambrado cubierto con dos capas aislantes, conducido por chimeneas de ladrillo o por tubos de acero empotrados en los muros. Además, el telón era incombustible. Así, debido a la ausencia de madera y de materiales flamables, el ingeniero Abbott quedó convencido que el edificio era a prueba de incendios.

La escasa información disponible sugiere que el fuego se inició en un punto cercano al escenario, cuyo piso era de madera. Aunque se repitió insistentemente que fue originado por un corto circuito, una falla en el transformador, debido las precauciones tomadas por los diseñadores, una falla eléctrica debe descartarse. Además, normalmente los transformadores se instalan en lugares abiertos, como en las azoteas.

Si las llamas surgieron en el foro —y sabemos de trabajadores presentes en el teatro en esos momentos, seguramente preparando el escenario para el estreno de la obra—, ¿por qué no bajaron manualmente el telón de asbesto para aislar la sala del fuego? A menos que el fuego estuviera en el foro y en la butaquería de la sala al mismo tiempo. Pero la presencia de fuego en dos lugares simultáneamente resulta por demás sospechosa.

La tradición subraya la presentación de la obra *El loco Dios*, notando la coincidencia con el incendio del Teatro Acuña. Se ha repetido esa historia hasta el cansancio. Pero ni un solo libro o documento asocia el incendio del Teatro Acuña con la citada obra de teatro, únicamente la tradición oral, y quizá se deba a una confusión en la memoria colectiva de los saltillenses. Ahora, ¿por qué se ha insistido tanto en asociar el siniestro del García Carrillo con la obra de Echegaray? ¿A quién le convenía que así fuera, encubriendo los verdaderos propósitos del incendio? ¿Por qué nuestros *cronistas* se han limitado a repetir ese chisme de viejas pueblerinas, el del castigo divino por la insolencia y el sacrilegio, y no han aportado un comino de reflexión, como les correspondería?

Los historiadores de esta ciudad, hasta ahora, no han relacionado el siniestro con el escándalo de Lima o con la extravagante danza de Norka Rouskaya, quien posara sensualmente para los diarios junto a la cabeza decapitada de Juan el Bautista. Tampoco han explorado la repugnancia de la cultura obrera postrevolucionaria hacia el decadente encanto de la burguesía que aún soñaba con la opulencia porfirista. ¿Y la bruja? Nadie habló públicamente de ella en mucho tiempo.

Ah, y aquel joven atrapado o escondido en los sótanos da mucho de qué hablar. ¿Qué hacía ahí y cómo se



quemó? Debió correr, alejarse, salir por el foso de la orquesta hacia el auditorio, mientras el piso del escenario ardía fuera de control. Pero no lo hizo y resultó con quemaduras. Entonces, ¿será lícito sospechar que se salpicó accidentalmente con algún combustible y quedó rodeado por el fuego?

Es preciso poner en duda la tesis del accidente e imaginar a algún fanático incendiario, irritado por algún oscuro motivo, derramando combustible en los pisos, telones y butacas, para después proceder a encender lentamente un cerillo...

Los saltillenses alimentaban la esperanza de ver reconstruido el teatro, pues el contrato de 1906 le otorgaba al propietario un plazo de dos años para ello. Pero nada sucedió porque no existía un seguro contra incendios.

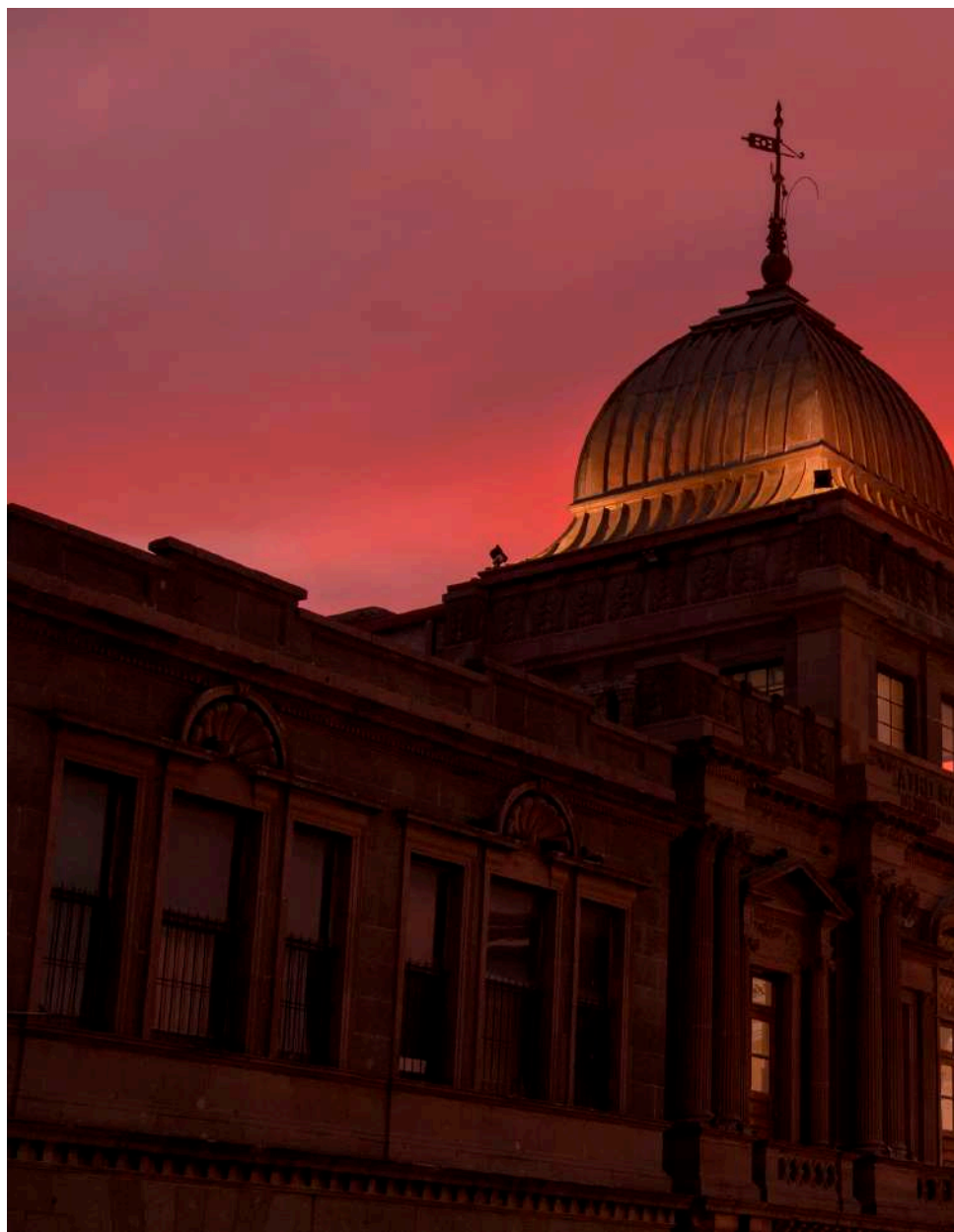
Por fin, en el mes julio, el alcalde se decidió y dirigió un oficio al secretario de Gobierno, reclamando los derechos municipales sobre lo que aún permanecía del mentado teatro. A fin de cuentas, el Ayuntamiento había cedido originalmente el terreno para su construcción, y lo quería de vuelta. Cuatro días más tarde, el Consejo de Salubridad ordenaba que fuese bardeado el terreno de las ruinas, por haberse convertido en excusado público.⁸

Para el año de 1924, el gobierno estatal comunicaba al presidente municipal que la renta de la finca debía dividirse salomónicamente entre las autoridades del estado y del municipio, pero el alcalde no estuvo de acuerdo de ninguna manera: la renta debía pertenecer única y exclusiva-

⁸ AMS, PM, c 165, L 1, e 24, 3 f (26 de julio de 1922). Dictamen de los miembros de la Comisión de Hacienda, relativo a los derechos del Municipio sobre el terreno donde están construidas las fincas contiguas al Teatro "García Carrillo"; AMS, PM, c 165/1, L 11, e 15, 1 f (20 de abril de 1922). El Consejo de Salubridad solicita al presidente municipal de Saltillo, sea bardeado el terreno que antiguamente ocupaba el Teatro García Carrillo, mismo que se ha convertido en excusado público.



La bailarina y actriz Norka Rouskaya.





mente al Municipio de Saltillo. Después de múltiples oficios y cartas, el gobernador autorizó a la corporación municipal para disponer de manera libre del terreno y la construcción superviviente del desaparecido teatro. Así, se rentó una parte al señor Iga y hubo, al menos desde 1926, un peluquero. Después llegarían la Lotería Nacional y los billares en los altos del edificio.

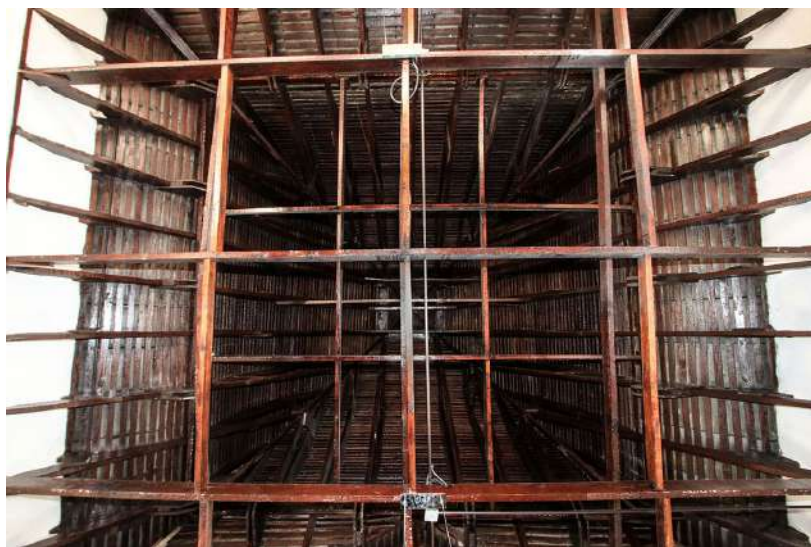
Transcurrieron los años y el entorno cambiaba. En la Plaza Acuña, un inmigrante sirio-palestino plantó cedros de Líbano, mientras el Mercado Juárez tenía la costumbre de incendiarse cada vez que le venía en gana. El Ángel de Acuña —del escultor manco Jesús F. Contreras— se fue y regresó. Y los restos del teatro, ahora transformados en un importante centro cultural, permanecieron ahí. Habían hecho fama y se echaron a dormir.

Si algo singular sucede con la arquitectura, nunca dejamos de soñarla. Trasciende, y brilla tanto su presencia como su ausencia. En los escasos ocho años de vida del Teatro García Carrillo resultaba imposible serle indiferente, con tantos elogios y aplausos a su portentosa elegancia y modernidad. Ante su ausencia, tampoco nadie puede ignorarlo, y la sola noche de su incendio ha dado de qué hablar por más de un siglo.

Así, continuamos soñando nuestra ciudad, rele-yendo su pasado en las grietas de sus muros, en las muescas de las puertas de madera, las cicatrices en sus fachadas, en los múltiples Saltillos que se acumulan, uno sobre otro, como estratos en la geología. Y entonces surgen ecos, voces desde el alma del ladrillo, del corazón de las piedras, historias que se depositan como el polvo, sombras que pretenden escapar a la menor provocación...



Antonio Dávila Ramos y su familia, sentado al centro. Fotografía original, en la colección del Dr. Eduardo Garza Pérez.



Estructura interna de la cúpula.



Periódico *El Liberal*, con el encabezado que notifica el incendio del teatro. Hemeroteca del Archivo Municipal de Saltillo.

¿No fue el maestro Eduardo Figueroa Orrantia quien narró la historia de un piano que tocaba solo en el vestíbulo del Centro Cultural Teatro García Carrillo? El instrumento había sido depositado ahí de manera temporal, en tanto se hacían reparaciones al Centro de Estudios Musicales, por el año 2000 o 2001. El vigilante, quien le enteró del suceso, se veía obligado a pasar largas horas de la noche a la intemperie, al tiempo que el piano ejecutaba piezas enteras, a pesar de que sus teclas estaban contra la pared. “Yo mismo lo escuché, y no una nota o dos”, comentó Figueroa con una mirada de incredulidad.⁹

⁹ La historia me fue narrada por el Mtro. Eduardo Figueroa Orrantia, el 27 de julio de 2018.



Norka Rouskaya caracterizada para su célebre danza *Salomé*.

Resulta curioso cómo nadie más agrega su grani-to de arena, calla sus recuerdos, no narra lo que les contaron sobre esta historia, guardan en un rincón o en un cajón un boleto para ver *El loco Dios*...

He aquí una reflexión final sobre el incendio que nos ocupa. “Castigo de Dios” —seguramente murmuraban las mujeres, formando grupillos en la Plaza del Mercado, al tiempo que se tapaban la boca con su chal negro—. “Castigo de Dios” —continúan repitiendo las voces un siglo después, como chisme conveniente de moralistas pueblerinos—. Pero, ¿castigo divino?, vaya coincidencia o, mejor dicho, ironía, pues de eso precisamente trata la obra *El loco Dios*, la cual, al igual que el malogrado teatro, finaliza con un incendio.

*...;El castigo! ;El castigo! ;También se
goza castigando! ;Porque castigar es destruir el mal,
y hay que destruirlo sin tregua, sin compasión,
sin piedad! ;Ah! ;Si yo fuera Dios!...*

José Echegaray
El loco Dios. Acto primero, escena VI

FUENTES

Fuentes archivísticas

Archivo Municipal de Saltillo (AMS)

Fondos Presidencia Municipal (PM) y Protocolos (P).

Archivo General del Estado de Coahuila (AGEC)

Fondo Siglo XX.

Fuentes bibliográficas

Berrueto González, Arturo (1999). *Diccionario biográfico de Coahuila*. Gobierno del Estado de Coahuila. Saltillo.

Casas García, Juan Manuel et al. (2003). *Monterrey a principios del siglo XX, la arquitectura de Alfred Giles*. Museo de Historia Mexicana, Monterrey.

Cuéllar Valdés, Pablo M. (1975). *Historia de la ciudad de Saltillo*. Libros de México. Saltillo.

De León, Jesús (2003). *Semidesiertos. Novela para futuros nómadas*. Centro de Estudios Sociales y Humanísticos, A. C. Saltillo.

Leal, Juan Felipe (2009). *El cinematógrafo y los teatros. Anales del cine en México, 1895-1911*, vol. 6. Juan Pablos Editor, México.

Rouillon, Guillermo D. (s/f). *La creación heroica de José Carlos Mariátegui*, t. 1 *La Edad de Piedra (1894-1919)*. Editorial Arica S. A. Lima, Perú.

Villarreal Reyes, Arturo E. (2008). *Teatro García Carrillo, crónica de un incendio*. Archivo Municipal de Saltillo. Saltillo.

——— (2011). *Saltillo Mágico*, t. 1. Instituto Coahuilense de Cultura. Saltillo.

Fuentes digitales

Echegaray, José (1907). *El loco Dios*. Sociedad de Autores Españoles. Madrid. En: <https://archive.org/details/ellocodiosdrama00echegoog>

La Nación (12 de enero de 1918). "Más sobre Norka Rouskaya. La pintoresca historia de la artista y sus recientes éxitos en el Pacífico". Santiago de Chile. En: http://culturadigital.udp.cl/cms/wp-content/uploads/2017/10/LN_1918_01_12.pdf

Moncada, Luis Mario (2017). "Artes escénicas en México. Cronología de teatro en México (1900-1950)". *Arte e Historia*. En: http://www.artesehistoria.mx/sitio-contenido.php?id_sit=126&id_doc=2051

Sandoval Pérez, Margarito (2002). *Catálogos de documentos de arte: noticias y opiniones sobre música, cine, teatro y artes plásticas en el periódico Excélsior durante 1918*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas. México. En: http://www.esteticas.unam.mx/sites/default/files/files/Inv_doc_cat_27.pdf

——— (2006). *Catálogos de documentos de arte: noticias y opiniones sobre música, cine, teatro y artes plásticas en el periódico Excélsior durante 1919-1923*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas. México. En: http://www.esteticas.unam.mx/sites/default/files/files/Inv_doc_cat_32.pdf

Stein, William W. (1997). *Dance in the cemetery: José Carlos Mariátegui and the Lima scandal of 1917*. University Press of America, Lanham, Maryland, USA. Edición digital: Google Books. En: <http://books.google.com/books?id=8QcNCNzHdj0C&pg=PA52&lpg=PA52&dq=->

norka+rouskaya&source=bl&ots=ezV5fATiXa&sig=-6F8RQ94W7pkfoC0ywJWH_xE1Tas&hl=en&ei=oHu-7TPWZIZOssAOom7yEDw&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=5&ved=0CCsQ6AEwBA#v=onepage&q=-norka%20rouskaya&f=false

Fuentes hemerográficas

Álbum Coahuila Gráfico (Septiembre de 1912). Saltillo.

El Liberal (4 de septiembre de 1918). "Un terrible incendio consumió el lujoso Teatro García Carrillo". Saltillo. Reproducida en *Vanguardia*, 1977, p. 5, Sección A. Saltillo.

La Voz de Coahuila, Suplemento Ilustrado (Septiembre de 1910). Saltillo.

Valverde Prado, Eduardo (29 de septiembre de 1977). "Veladas literarias y artísticas". *Vanguardia*, p. 5-A. Saltillo.

Vanguardia (5 de octubre de 1977). "Invitación de Jacinto B. Treviño a una velada en el Teatro García Carrillo, el día 8 de septiembre de 1915", p. 5-A. Saltillo.

Vanguardia (24 de octubre de 1977). "Invitación para la presentación de la película *El fuego*, el día 11 de noviembre de 1916", p. 5-A. Saltillo.

ESA DIVINA LOCURA

El incendio del Teatro García Carrillo

ARTURO E. VILLARREAL REYES



Instituto Municipal de
Cultura
de Saltillo